

27 de julio de 1998

HUMOR Y ECONOMIA
(En homenaje a Josué Saenz)

David Ibarra

HUMOR Y ECONOMIA

David Ibarra
27 de julio de 1998

Josué Saenz pertenece a la mejor casta de iconoclastas, es de los que perceptivamente critican a contracorriente, con gracejo cáustico, el mal gobierno, las modas ideológicas o los intereses creados. Los amarres, los apoyos de sus censuras públicas no es el maridaje con teorías supuestamente inmarcesibles, sino la escogencia de los criterios y doctrinas que mejor calzan a las realidades coetáneas.

Algunas veces parece conservador y otras inclinado a la tendencia opuesta. A veces, pide deshacerse de un Estado intervencionista, supresor de libertades e iniciativas innovadoras; mientras que en otras reclama la reconstrucción de un Estado propulsor, responsable del desarrollo, de la formación de capital humano. En unos casos busca el respaldo de pensadores ortodoxos y en otras de la heterodoxia universal, pero siempre con los pies firmes en las realidades mexicanas.

Hay ecos de Hayek, Robbins o Friedman al afirmar que existe inflación cuando el gobierno multiplica la emisión primaria sea para cubrir un déficit público, alentar artificiosamente el empleo o cambiar por moneda local los flujos de capital del exterior; y cuando, además, se da la condición habitual en los países en desarrollo que esos impulsos al ensanchamiento del poder de compra de la población, no están correspondidos o exceden a las posibilidades de acrecentar la oferta. En sus propias palabras “La inflación se caracteriza por una asimetría política. Para el gobierno es más fácil imprimir billetes que cobrar impuestos, más fácil endeudarse que reducir su gasto, más fácil financiar actividades productivas que eliminarlas, más fácil comprar votos y popularidad que ganarlos, más fácil subir los precios a que venden los monopolios oficiales al público

cautivo que hacerlos eficientes. La inflación se incorpora al sistema político: se vuelve la ruta de menor resistencia, un impuesto no legislado y una confiscación silenciosa del ahorro.”

En ese párrafo se encuentra la simiente de la desconfianza del monetarismo a la política, a la supuesta irresponsabilidad congénita de los gobiernos. Pero, lo que verdaderamente distingue esa crítica de Saenz no es el apasionamiento doctrinario, sino el escrutinio de la coyuntura precisa que se vivía en México. El texto fue escrito a finales de 1987, cuando la inflación ascendía a 140% anual y se había duplicado con creces en los tres años previos.¹ Más que la generalización económica en abstracto, siempre trata de identificar las fuerzas sociales específicas, las situaciones concretas, a las cuales aplicar la crítica, echando mano de otros pensadores y de otras historias.

En el mismo artículo, Josué nos muestra una faceta de la más pura sangre keynesiana. Por un lado, contra todo monetarismo despolitizador de las políticas económicas, sostiene que economía y política forman maraña indisoluble que dificulta el combate a la inflación. De otro, se queja de que por primera vez en la historia postrevolucionaria de México haya transcurrido un sexenio (1983-1988) sin crecimiento, con angostamiento de la inversión privada y del nivel medio de vida. Oigámosle, “para absorber ese rezago y el crecimiento demográfico que continúa, no hay más vía ...que aumentar rápidamente el producto interno bruto y sostenerlo durante los siguientes quince años ...al 9% anual... Parece difícil recuperar el tiempo perdido sin nuevos estímulos para expandir rápidamente nuestra planta productiva y el nivel de ocupación”.

Esa misma preocupación se reitera una y otra vez en los escritos posteriores de Josué Saenz, en la medida que la economía mexicana se empantana en una transición

¹ Saenz Josué (1987), “Nueve tesis sobre México”, *Vuelta*, No. 132, México.

interminable (casi dos décadas) que trae consigo deterioro del ingreso familiar y aguda polarización distributiva. Al comentar el informe presidencial de 1997, nuestro autor aplaude la existencia de una Secretaría de Desarrollo Social, pero critica con dejo irónico la ausencia de una secretaría de Desarrollo Económico por cuanto “México necesita un proyecto económico incluyente, que tome en cuenta y promueva el crecimiento del mercado interno y el bienestar social. El modelo económico actual no ha evitado hasta ahora la desigualdad de los niveles de bienestar y el creciente número de personas en una situación de exclusión económica y social. Nuestras autoridades financieras insisten que la política económica no debe responder a ideologías, lo cual es cierto. Pero es indispensable recordarles que debe tener como objetivo el equilibrio justo que logre metas sociales concretas.”²

Más aún, ni el mercado ni el keynesianismo satisfacen sus inclinaciones desarrollistas. El mercado, porque no incorpora a los verdaderos agentes del cambio, Keynes, por cuanto elude el análisis de largo plazo. En tal virtud, revive a Schumpeter, a su énfasis en el cambio tecnológico y el protagonismo del empresario innovador.

En otra vertiente propugna por salir de la jaula ideológica que nos apresa y nos condena a repetir patrones obsoletos de conducta social o copiar extralógicamente lo que viene de fuera. Y aquí abarca desde los métodos anquilosados de los regímenes revolucionarios, hasta los escaparates engañosamente esperanzadores del neoliberalismo.³ Para Josué el SIDA más virulento es el político, esto es, el Síndrome de Ideodeficiencia Acumulada que afecta a las personas y sistemas políticos que han ostentado demasiado tiempo el poder o que hacen simples calcas de modelos foráneos.⁴

² Véase Saenz, J. (1997), “¿Necesitamos una Secretaría de Desarrollo Económico?”. *Este País*, No. 79. México.

³ Véase, Saenz, J. (1989), “Reflexiones de un economista solitario”, *Vuelta*, No. 148, México.

⁴ Véase, Saenz, J. (1989), “Contra la economía metafísica”, *Vuelta*, No. 157, México.

En cuanto a lo primero, se declara en favor del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, de la inversión extranjera aportadora de nuevas capacidades productivas, de la internacionalización de la economía mexicana. Sus tesis son las de multiplicar las oportunidades —ojalá sepamos aprovecharlas— abiertas al progreso nacional y no quedarnos en el cabús de la revolución tecnológica y de mercados por las que atraviesa el mundo. En cuanto a los envejecidos cánones revolucionarios propone mucho, desde mudar una política exterior tradicionalmente defensiva en estrategias activas de abordaje a los mercados externos, el adelgazamiento del obeso sector paraestatal, hasta el reemplazo de las viejas salidas a los problemas agrarios y demográficos que se han tornado inoperantes y estorbosas.

Sin embargo, al propio tiempo combate las ingenuidades de la instrumentación dogmática de la política neoliberal. “Los partidarios ...de la economía de mercado piensan... que el crecimiento económico y su extensión geográfica son fenómenos automáticos, simultáneos, inexorables.” Eso podrá haber sido cierto en la historia norteamericana, pero no se compadece de un México subdividido en estratos que viven mundos separados. Aquí habría necesidad de emprender un programa de creación, demolición y transformación institucional, sea con el fin de cancelar lo obsoleto y crear mecanismos de mercado todavía inexistentes. Aquí, Josué invoca los buenos oficios de Douglas North, premio nobel de economía y renovador de la rica y vieja escuela institucionalista norteamericana creada hace décadas por Veblen.

Posee nuestro autor, valga repetirlo, una excepcional cultura económica e histórica mezclada con buen humor. Vaya una muestra: en sabroso diálogo imaginario hace hablar a Adam Smith, quien le confiesa que el mercado no lo es todo y que su obra principal no es la Riqueza de las Naciones, sino la Teoría de los Sentimientos Morales. Y

que en esta última obra sostiene la tesis de que el bienestar general depende de que los afortunados ayuden a los débiles, y de que el Estado nivele la desigualdad social.⁵

Aún así, Josué no se queda en el planteamiento general, desciende de inmediato a las especificidades muy nuestras. “Un programa de fomento... tiene que partir de una política industrial moderna. La SECOFI debiera enfocar el 99% de su esfuerzo a una política industrial modernizadora e integradora ...capaz de penetrar donde no ha llegado, ni llegará, la economía de mercado. México necesita, debe tener una política industrial activa.”⁶

Podría hacerse una larga lista de las humoradas con que Josué aligera, alegra, la transmisión de sus ideas y empuja al ridículo a adversarios reales o imaginarios. En torno a los excesos doctrinarios en boga, dice “el mercado no puede beneficiar a quienes no forman parte de él; asimismo sostiene que junto al Laissez-faire (dejar hacer) habría que desarrollar la tesis del “pousser faire” (empujar el hacer) o el necesarísimo “aider à faire” (ayudar a hacer).

En cuanto a las resistencias a la innovación propia nos refiere como el espíritu de Hayek, esperanzado con un país regido por economistas y por ende presumiblemente racional, empuja al fantasma de Kafka a visitar México. Este último, ya en el país, asiste a una junta de Gabinete donde el presidente afirma con datos contundentes que el país vivía la peor de las crisis de su historia para enseguida añadir con igual énfasis y con la aquiescencia genuflecta de todos los secretarios, “esto prueba que nuestro plan económico es el correcto y que no debemos alterar el rumbo.”⁷ Por supuesto Kafka al

⁵ Véase, Saenz, J. (1993), “Diálogo con Adam Smith”, *Vuelta*, No. 197, México.

⁶ Véase, Saenz, J. (1995), “La cultura del crecimiento”, *Vuelta*, No. 221, México.

⁷ Véase, Saenz, J. (1996), “Kafka en México”, *Vuelta*, No. 230, México.

sentirse rebasado regresa a toda prisa a su tumba, no sin antes reconocer a Hayek el insondable misterio de los circunloquios de la lógica económica.

El relativismo ecléctico de Sáenz, alimentado por las lecturas de doctrinas en pugna de los más connotados economistas, científicos sociales y filósofos, le lleva a repetir jocosamente: “en nuestra ciencia (la economía), las preguntas siempre son las mismas, las respuestas son las que van cambiando.”⁸

El sentido del humor unido a la sabiduría de Josué, tan refrescantes en un medio de rancias tradiciones autoritarias, proclives a la burocratización de las ideas, mucho han contribuido a derruir barreras ideológicas, pero explican también su breve carrera de servidor público, sobre todo en una época en que el trabajo del economista mexicano era casi inconcebible o imposible fuera de la esfera estatal.

Josué forma parte de ese selecto grupo de personajes cuasi-excluidos de las tareas públicas centrales que más han hecho para quitar a la economía el mote bien ganado de ciencia tenebrosa, y por renovar el pensamiento económico patrio del que forman, formaron o formarán parte Víctor Urquidi, Juan Noyola, Horacio Flores y Leopoldo Solís entre los viejos, o Gerardo Bueno, Rolando Cordera, Carlos Martínez Ulloa, José Alberro, Jaime Ross, Jesús Reyes Heróles, Ramón Carlos Torres y tantos otros de las generaciones más recientes y de las más diversas inclinaciones políticas. No se trata de “buscar chambas”, sino de creadores, alejados para fortuna nuestra, de las agonías desquiciadoras del burocratismo cortoplacista.

Por eso, en la vena de nuestro autor, habría que bendecir a las privatizaciones o mejor a las auto-privatizaciones personales que hacen reverdecir la inventiva nacional,

⁸ Véase, Saenz, J. (1997), “Economía y marginación”, *Expansión*, No. 18, México.

abren las puertas a la disidencia y ponen en tela de juicio las verdades reveladas desde las alturas. Gracias Josué, por los intentos de liberarnos no en el mercado, sino de la telaraña de prejuicios viejos y nuevos de la que todavía no escapamos por entero.